

# Mensaje del presidente de la AMC

No bien concluidos los festejos de Bicentenario, el país ya se apresta a su próxima aventura: las elecciones del 2012. En ese camino, poco a poco vemos cómo las graves carencias con las que vivimos –en salud, educación, alimentación, seguridad, etcétera– se transforman en tema de batallas políticas.

Escuchando los discursos, surge la ilusión de creer que, por fin, se aproxima ese cambio que siempre hemos soñado. Que, de pronto, todo va a ser diferente. Pero como todos sabemos, nada puede cambiar radicalmente en un corto plazo cuando el deterioro en que se encuentra México es producto de muchos años de errores. El verdadero cambio implica una visión de largo alcance que trascienda la periodicidad sexenal; es decir, una verdadera visión de Estado, que sea producto de un acuerdo nacional. Los gobiernos de México pueden –y deben– alternar entre las diferentes visiones que componen a nuestro espectro político. Pero en México el largo plazo parece incompatible con el juego democrático, a menos que se establezcan acuerdos básicos, trans-sexenales.

Enfrentar el problema de la pobreza, tema del presente número de *Ciencia*, claramente cae dentro de esta categoría. Pero, en el fondo, hay que reconocer que la única solución de largo plazo a todos nuestros problemas es incrementar la competitividad científico-tecnológica del país. Visualizar a la pobreza como un simple problema de empleo y recurrir para ello a capitales extranjeros es una solución efímera que sólo funciona mientras nuestra oferta de mano de obra sea económicamente competitiva. Cuando eso cambia, el capital emigra.

Hoy México cuenta con una población aproximada de 110 millones, y ocupa el onceavo lugar a nivel mundial en ese rubro. Nuestro Producto Interno Bruto es de 875 mil millones de dólares (decimocuarto lugar en el mundo) y sus reservas internacionales lo ubican en el decimosexto lugar, a sólo una posición de Estados Unidos. De acuerdo con la revista *Forbes*, la persona más rica del mundo es un mexicano, y en 2009 una de nuestras universidades fue clasificada como la mejor de Latinoamérica. Si tomamos en cuenta que todo esto ocurre a pocos años de un cambio democrático (que necesariamente, puso en el poder a un actor con menos experiencia de gobierno), de la crisis económica mundial, de la epidemia de influenza y de la grave situación de inseguridad, los índices macroeconómicos indicarían que no estamos tan mal.

El problema se hace evidente cuando revisamos, por ejemplo, los rubros de ciencia y, especialmente, de tecnología. No voy a insistir en la baja inversión

federal en ciencia, el lamentable 0.36 por ciento del Producto Interno Bruto, que nos ubica en el último lugar (junto a Turquía) entre los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). Otros índices, aún más alarmantes, son la balanza tecnológica y la compra de bienes de alta tecnología. De acuerdo con las últimas estadísticas del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), al tiempo que la inversión extranjera llega, México incrementa su compra de tecnología externa, que hoy en día es 96 por ciento del total, y aumenta 600 por ciento sus adquisiciones de bienes de alta tecnología en la última década. Después de todo, el capital extranjero (que México busca con tanto empeño para aumentar el empleo) poco interés puede tener en favo-

recer el desarrollo de la tecnología nacional, ya que es el extranjero quien nos la vende. Naturalmente, lo que les importa es una mano de obra barata. Es decir, mientras más pobres, mejor.

Por lo anterior, es importante promover desde la Academia Mexicana de Ciencias, en acuerdo con los otros representantes del sector, un acercamiento con todos los actores políticos en pro del establecimiento de la tan necesaria Política de Estado para ciencia y tecnología. Lo ideal sería conseguir que el proyecto de ciencia y tecnología de todos los partidos fuese común y generoso, por el bien del país.

ARTURO MENCHACA

Presidente de la Academia Mexicana de Ciencias

